



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

EL MINISTRO.

Todo el mundo quiere ser ministro. Por ser ministro revuelve un hombre cielo y tierra, y no se dá momento de reposo, y pierde la salud, y hace malas digestiones, y se espona á un sinnúmero de penalidades, que no conocen VV. los que todavía no han sido ministros.

Verdad es que yo tampoco lo he sido, aunque me siento muy capaz de hacer este sacrificio, si llega el caso, que achaque es de esta picara condicion humana admitir y hasta desear aquello que mas nos ha de perjudicar, y de que mas hemos de arrepentirnos despues.—Yo sé que ser ministro es un trabajo, y con él comparados los de Hércules, eran trabajos tan poco penosos y tan llevaderos como asistir á la ópera en el teatro Real, ú oír á un puro echar un discurso, ó fumarse uno de tres cuartos, de los que el gobierno, que es nuestro padre, nos proporciona para hacernos odiar el delito y compadecer al delincuente, ó mejor dicho, odiar el cigarro y compadecer al fumador.

V. no es ministro, V. es un caballero particular que vive de lo que puede, que piensa lo que le dá la gana, que se arroja V. cuando quiere por la montaña rusa en los Campos Eliseos, que hace V., en fin, todo aquello que se le antoja, y que así se acuerda V. de la situacion de los pobres dinamarqueses, y de la abnegacion y desinterés de la soberbia Albion, y del equilibrio europeo, como del primer diente que echó fuera de la boca el amigo Nabucodonosor.

V. tiene primos,—¿quién no los tiene?—pero no le piden á V. nunca nada, á no ser tal cual cigarro, y está V. con ellos en la mejor armonía. Los primos de su mujer de V. ni le ven, ni le oyen, ni le molestan jamás.

V., como le gusta saber lo que pasa, lee V. un periódico, dos periódicos, tres periódicos, todos los que quiere ó puede, y cree V. como artículo de fé todo lo que dicen, y se entusiasma V. con aquellos articularios que traen, hablando de esto y de lo otro, y manifestando clarisimamente el deseo de la felicidad del país, y admirá V. qué bien pone la pluma el picaro del periodista, y con qué tino dá en el clavo, y se indigna V. de que aquel hombre no le Hamen en seguida los ministros y le digan:—«Amigo, ahí tiene V. las riendas del poder; conocemos que somos junto á V. unos pelones, que no sabemos

dónde está nuestra mano derecha; haga V. y deshaga á su antojo, y Dios guarde á V. muchos años para bien y prosperidad del país.»—Y se rie V. luego como un descosido, al leer cómo le ponen á un escritor porque es gordo, lo que influye mucho sin duda en las obras que escribe, y qué de cosas le dicen á uno de los ministros porque tiene las narices largas, y porque en su infancia estuvo de monaguillo en su pueblo, y se bebia muy boniticamente el vino que sobraba en las vinageras, con cuyos antecedentes ya conoce V. que no se puede ser buen ministro, y al mismo tiempo se instruye V. grandemente en la estadística de las altas y bajas de la Iclusa y del hospital de San Juan de Dios, y estudia V. perfectísimamente las costumbres contemporáneas en la lectura de las noticias que el periódico ó los periódicos ofrecen á la insaciable curiosidad del ilustrado público.

V. vá al café cuando quiere, se está V. allí las horas muertas haciendo tiempo, que es lo que menos puede hacerse, y sin embargo, lo que mas se hace tomando el rico café, tan recomendado para excitar el sistema nervioso, y la rica leche calentita, como que hace ocho ó diez horas que está cociendo puesta á la lumbre, ó un sorbete, que tanto lo agradece el pulmon, y fumando un cigarro, y hablando con los amigos, y oyendo contar la vida y milagros de la mujer de Zutano, y la historia de uno á quien acaban de dar un empleo, y otras cosas, siempre interesantes, y de las que siempre se saca alguna leccion provechosa, y todo esto, en una atmósfera que no es perjudicial sino porque puede ponerle á V. en buena disposicion para llevarse á su casa la primera ó la segunda pulmonía que pase por la calle buscando en quien emplearse.

V. juega al billar, á los bolos, á la pelota, á lo que mejor le parece, y se vá V. de merienda al Vivero, á la pradera del Corregidor, y el dia de San Isidro echa V. uua cana ó dos al aire, y se refocila V. en aquella pradera, y baila, si quiere, y se olvida de las penas de este picaro mundo, y hace V., en fin, lo que se le antoja, sin que nadie le moteje, y es V. feo impunemente, y bebe V. y come cuando quiere, y tiene V. todos los caprichos y todas las manías, sin que nadie se atreva á meterse con V. ni á ponerse en ridículo públicamente, ni á declarar al mundo por medio de las trompetas de la prensa, las faltas y las sobras que en V. se reúnen, ni lo que V. dijo hace tiempo en contradiccion evidente con lo

que dijo antes y con lo que ha dicho despues.... Pero sea V. ministro, hágame V. ese favor, y verá V. lo que es bueno.—En primer lugar, tendrá V. que ponerse muy grave, á la altura de la situacion, porque un ministro que estuviera siempre riéndose, y bromeando con este y con el otro, y que, si á mano viniera, soltara un piropo á las modistas que se encontrase en la calle, seria un ministro en quien, aunque fuera mas sábio que Brijan y tuviera al país como una balsa de aceite, no tendríamos fé maldita; luego le será á V. preciso resignarse á no leer la mitad, mas algunos de los periódicos, porque cogera V. uno y leerá:—«El señor ministro de tal ramo, es una calamidad para el país.»—Y cogera V. otro, y leerá:—«Hemos conocido hombres ineptos, pero como el ministro de... no hemos conocido ninguno.»—Y cogera V. el tercero, y leerá:—«Si el señor ministro de... no se apresura á dejar el puesto, son incalculables las calamidades que caerán sobre el país.»—Y luego, si es V. blando de corazón, y le duelen las penas del prójimo, ¡qué de amarguras le esperan en esa codiciada posicion! ¡qué sinnúmero de padres, con seis hijos el que menos, acudirán á V. en solicitud de empleo! ¡qué de víctima de las revoluciones y de los arreglos anteriores clamarán por pronta y solemne reparacion! ¡qué de señoras de circunstancias le perseguirán á V. pidiéndole destinos para los hijos, sobrinos, parientes, testamentarios y bienhechores! ¡cómo caerá sobre V. la nube de sus parientes, y los de su mujer, y los que le lloverán como del cielo, y los que le saldrán de debajo de la tierra, por todos los sitios por donde V. pase, todos en solicitud de algo, todos entusiasmados con la buena fortuna de V. y codiciando algo parecido á un sueldo, para recordar siempre el oportuno y merecido encumbramiento de su pariente y protector!...

Y al mismo tiempo que todos estos cristianos le piden á V. lugar en la mesa del presupuesto, los que V. se ha encontrado sentados ya á la mesa, no quieren dejar sus puestos, y si V. los mueve, ya puede V. tapiarse los oidos para no oír el clamoreo que se levanta contra V., clamoreo que puede compararse con el que arman las gallinas metidas en una cesta, al ver entrar la siniestra mano que vá á sacar de entre ellas dos ó tres víctimas.

Si es V. sastre, solo otro sastre tendrá la pretension de hacer una levita mejor que V., y si es V. escritor, solo todos los escritores tendrian por seguro

que las obras suyas son superiores á las de V.; pero si es V. ministro, todos los que lo hayan sido, y todos los que no lo hayan sido, todos sus conciudadanos, en fin, creerán que gobernarían el país con mas gloria que V.

¿Y el peligro que corre V. siendo ministro, de que la política invada su hogar doméstico, y de que su mujer de V. hable de política con la mismísima gravedad que lord Palmerston, y de que su hija le haga á V. la oposicion, aleccionada en la política revolucionaria de su novio, que es un periodista de distinto partido que V?...

¿Y las exigencias del barbero, que, navaja en mano, le pide á V. un portazgo para su padre, y una beca para su hermano, y un estanco para su mujer?...

V. es muy dueño de ser ministro,—eso quisiera V;—pero francamente, me parece que sería mucho mejor que no lo fuera V. para V. y para los demás; para V., porque siempre es sensible eso de dar gusto á nadie; y para los demás, porque habiendo uno menos que quiera ser ministro, siempre tendrán una probabilidad mas de llegar á esas codiciadas alturas y un prójimo menos á quien combatir.

Yo me contentaría, por probar nada mas, con ser ministro quince ó veinte años todo lo mas, y dejar despues el puesto á quien le descara, y retirarme con mi esperiencia y mis desengaños á ver los toros desde lejos.

LA NOVELA DE LA VECINA.

(DE PIERRE VERON.)

Fulano entró en mi cuarto como una exhalacion.

—Amigo mio... si tú supieras... ¿Tienes una pistola por ahí?... Voy á levantarme la tapa de los sesos... ¿No la tienes?... Entonces, dame láudano, ó arsénico... cualquier cosa que cause la muerte, aunque sea poco á poco. No niegues á una amistad como la nuestra la suprema satisfaccion del suicidio.

Este exordio *ex-abrupto* me habia dejado estupefacto.

Fulano, mi amigo, continuó:

—Soy hombre perdido!... ¡Y dicen que el ridículo mata!... ¿qué ha de matar?... Si eso fuera verdad, estaría yo muerto hace dos horas... ¡Abrete, tierra, abrete por favor, y trágame!

—Vamos, hombre, dije, interrumpiendo sus lamentaciones, ¿qué diablos es lo que te ha sucedido?... Deposita en el seno de la amistad tus amarguras, y luego, si persistes en tu idea, yo te proporcionaré los medios de que te suicides con toda comodidad.

—Mucho exiges de mí, amigo mio, me respondió el pobre; pero no importa... te contaré lo que me pasa, y juzgarás...

Y diciendo estas palabras, se sentó en una silla, encendió un cigarro y comenzó en estos términos:

—¿Estás enamorado?... No me contestas; no importa; yo lo estoy, digo, lo estaba hace una hora y cincuenta y cuatro minutos.—Estaba enamorado de un ángel... Cuando se padece esta enfermedad del amor, la mujer amada se transforma siempre en ángel.—Pues señor, mi ángel vivía en un sotabanco, en la misma calle que yo, ella en el número 33, yo en el 30; es decir, ella enfrente de mí, y yo enfrente de ella. ¡Maldita sea la suerte que... Pero no anticipemos los sucesos, y dame un fósforo, porque mi cigarro no arde...

—Gracias, prosiguió mi amigo, despues de volver á encender el cigarro... Ya ves el efecto que el fósforo amoroso acaba de producir en este cigarro, ¿lo ves?... Pues bien, igual fué el efecto que produjo en mi corazón la primera mirada que dirigí á mi vecina.—Era un domingo por la mañana; no tenia oficina, y podia hacer de aquella mirada muchas ediciones sucesivas.

Cada edicion me valia una nueva emocion, un nuevo encanto... ¡Qué bonita era! ¡qué cútis! ¡qué cabellos! ¡qué dientes! ¡qué ojos! ¡qué cintura!... Eran las siete de la noche, y aun estaba yo en la ventana de mi sotabanco, espiondo las apariciones de aquella sombra querida.

Hasta que oí dar las ocho no me acordé de que mi tío, un tío que tengo solterón y rico, me esperaba á comer como todos los domingos.

Me vestí, salí, y llegué á casa de mi tío en el momento en que se metía en la cama, desesperado por haber comido solo.

Fulano, al llegar aquí, volvió á encender el cigarro, y continuó con acento melodramático:

—¿Qué me importaba haber disgustado á mi tío?... Lo que me importaba era que iba á volver á verla... No dormí en toda la noche, lo que me permitió advertir que mi prolongada estancia en la ventana me habia gratificado con un pasmo, que ni el de Sicilia.

¿Qué me importaba el pasmo? El nuevo sol debia indemnizarme de todas estas insignificantes incomodidades.

Llegó el dia, y mi vecina apareció, siempre linda, coqueta, graciosa é incendiaria. Mi corazón tocaba la generala del sentimiento.

Mis ojos se esforzaban en prodigar á mi vecina los efluvios mas dulces, suaves y amorosos. En poco tiempo gasté todo el magnetismo que aquel dia habia en mi individualidad.

Juzga de mi entusiasmo, de mi alegría, cuando creí ver un gesto, una mirada, que era una delicada señal de adhesion y agradecimiento.

Salí á escape, compré un magnifico ramo, y se lo remití con el mayor misterio, por medio del mozo de cordel mas discreto y decente que encontré...

Dame un fósforo...

—Me hubiera creído indigno de mi respeto y consideracion, continuó mi amigo, despues de encender el cigarro, si no hubiese enviado todos los dias siguientes un ramo á mi vecina, por supuesto, siempre bajo el velo del anónimo, y fiado á la discrecion del mozo de cordel, que ni sabia mi nombre ni las señas de mi casa.

Las miradas de mi vecina eran cada vez mas significativas. No abandonaba un momento la ventana.

—No habia duda de que ella me habia comprendido y de que yo me habia constipado quizá para toda mi vida.

Pero, ¿qué me importaba?...

Veria, telegrafiar, por muchas señas, mis emociones interiores, espiar sus sonrisas y sus miradas... Ya era mi alegría, mi felicidad.

Una mañana recibí una carta de mi tío, anunciándome que,—como hacia ya muchos domingos que le abandonaba de la manera mas grosera,—habia resuelto no volverme á recibir.

Mi tío tenia razon; la pasion habia absorbido completamente mi ser y espropiado todo sentimiento ajeno á ella; me era preciso el espectáculo de mi vecina yendo y viniendo de la labor á la ventana, de la ventana á la labor, y haciéndome señas y gestos preciosos, porque era indudable que me hacia señas, y que su alma estaba en comunicacion con la mia, y que los latidos de su corazón correspondian á los latidos del mio.

Aquello era el paraíso terrestre, rejuvenecido y considerablemente aumentado.

Otra mañana recibí una carta que me prevenia, que en vista de mis reiteradas faltas, se me destituia de mi empleo.—Hubiera debido echarme á llorar, y sin embargo, recibí esta notificacion como un señalado favor. Ya era completamente libre para estar en la ventana todo el tiempo que quisiera.—Aumentaban las señas de la vecina, le envié un beso aéreo, y mi vecina se rió; repetí, y volvió á reirse, y hasta me pareció que se ponía un dedito en la boca con la intencion de devolverme la moneda de mi pudorosa caricia aérea.

En esto oí un fuerte campanillazo... Era el dependiente de un joyero, que me traia la cuenta, es decir, la nota del precio de tres ó cuatro alhajas que habia enviado yo con los ramos á mi vecina.

La cuenta no importaba mas que 1,500 rs., poca cosa, si yo hubiera tenido 10 ó 12,000 de sobra.

Esto me dió que pensar.

Habia perdido mi destino, y la probabilidad de heredar á mi tío, y pronto perderia la casa de mi patrona, que se enteraría de mi triste situacion y me pondria en la calle.

El resultado de mis reflexiones fué el siguiente: «Voy á decir á mi vecina que estoy muerto por ella.»

Precisamente estaba en la ventana, y como si hubiera adivinado mi pensamiento, me hizo una seña, que me pareció significar que estaba dispuesta á recibirme.

Bajé de cuatro en cuatro los escalones de mi casa, y subí de ocho en ocho los de la suya.—Llamé á su puerta, y ella misma vino á abrir, ella, que abre, me mira, dice:—¡Ay!—y cierra, dándome con la puerta en las narices.

Al volver confuso y avergonzado, no comprendiendo lo que me acababa de pasar, tropiezo á los cuatro ó cinco escalones con un caballero, cuya fisonomía no me era completamente desconocida.

¡Qué revelacion!

Era á mi vecino del cuarto inmediato á quien mi vecina dirigia sus miradas... El era el afortunado mortal, amado por aquel ángel, digo, por aquel demonio...

Tomé entonces carrera, corrido y avergonzado, sin saber dónde dirigirme... y con un infierno en la cabeza y otro en el corazón... ¡Y héme aquí!...

Dame otro fósforo... No, no me lo des, porque

se conoce que los cigarros son para mí como los corazones, que no sé encenderlos.

(Correspondencia particular de EL CASCABEL.)

Panticosa, 27, Julio.

Hoy, amigo Director, salgo de este sitio ameno con el pulmon casi bueno y el estómago mejor.

Por Francia pensé volver, mas hay que andar á caballo, y yendo á caballo, hallo que es cosa fácil caer.

Luego, no soy mala moza, aunque estoy algo *fané*, y soy soltera y... Con qué me vuelvo por Zaragoza.

En el coche, á no dudar, mas segura he de volver, y no hay riesgo de caer, aunque lo haya de volcar.

Perdonen los caballeros que galantes me decian que ellos me acompañarian por estos despeñaderos.

Solo me hubiera atrevido á tan mal paso, en el caso de pasar este mal paso á la grupa de un marido.

De Zaragoza á Pamplona iré despues, de un tiron, y luego á la esposicion que se celebra en Bayona.

Allí esperaré mi deseo, á ver si encuentro salida, que es ya muy sosa esta vida sin el bien del himeneo...

Sé que estoy en mi derecho y al extranjero me paso, que acaso me hará mas caso que el que en mi patria me han hecho.

Acaso habrá algun inglés que me tome por el sol que alumbra al suelo español, y que diga, al verme:—«¡Yés!»

O algun francés que se rife, guapote, rubio, buen chico, que tenga mas largo el pico que el pico de Tenerife.

O algun ruso que en mi hallar presuma *L'Etoile du Nord*, ó, ¿quién sabe si algun lord?... y... ¿quién sabe si alguna *par?*...

En fin, estoy decidida, ó allí encuentro quien me quiera, ó me quedaré soltera para el resto de mi vida.

¡Oh! lo que es en estos baños hay bien pocas *proporciones*... solo hay aquí desazones, y sustos, y desengaños...

Aquí, señor Director, los mas están ya casados... los que no muy escamados... conque hágame usted el favor.

Porque vea usted así que aquí no hay donde escoger, los nombres voy á poner de los mozos que hay aquí.

Pongó el primero á Esponera, dignísimo diputado á Cortes, y mas callado de lo que el país quisiera.

Este señor es un socio de los tres que son los amos de los baños, y está... ¿estamos?... á ver cómo vá el negocio.

Eso sí, él es muy amable, y por todos se desvive, y al que viene le recibe de una manera admirable.

Y á cualquier hora que suene el látigo del zagal, sale el pobre á ver qué tal la gente que viene viene.

Del Manzanares al Rhim, aunque hay quien de él habla mal, para mí no hay general como este general Prim.

¿Qué franco y qué campechanos Confieso á usted que su vista me ha vuelto mas progresista que el mismo don Salustiano.

Don Ramon Echevarría, que fué un tiempo director de Obras públicas, señor de gran mérito y valía.

Aquí nos vino á insultar

con un abdomen enorme,
que como no se reforme
no sé dónde irá a parar.
Yo no sé qué enfermedad
á venir aquí le obliga,
porque tiene una barriga
que ya es una atrocidad.

Una tarde paseando
he visto á Berreñechea,
general que se pasea
oliendo si hay contrabando.

Su empeño vano sería,
que no hay contrabando aquí,
y con disgusto le vi
afufarse el otro día.

También aquí he conocido
al ministro mas apuesto
que comió del presupuesto
en mi país bendecido.

Es un moreno Moreno
Lopez esbelto y gracioso,
de cuerpo jacarandoso,
y de corazón muy bueno.

El señor Gil, oficial
primero en Gobernación,
bebe con mucha afición
de esta fuente mineral.

Iba á hablar de los demás
por temor de algún reproche,
y me grita:—«Se vá el coche,
no se puede esperar más!»

La carta sin concluir
al fin tengo que dejar,
que el coche se vá á marchar
y en él tengo que partir.

Adios, pues, hasta Bayona,
desde donde escribiré...
Yo siempre le quiero á usted
como á mi propia persona.

La señora de siempre.

A poco tiempo de hallarse el señor don Carlos Marfori al frente de la Dirección general de Rentas Estancadas, se le presentó D. Francisco Esparza y Abad, proponiendo aprovechar la vena que se extrae del tabaco que elaboran nuestras fábricas, por medio de un aparato mecánico que la satina y adelgaza hasta el punto de que resulta tan flexible como la hoja, y que mezcladas ambas cosas en los picados, únicas labores donde es posible llevar á cabo dicho

procedimiento, estaba completamente seguro de que nada padecería su calidad, y la Hacienda obtendría de aquel artículo la misma utilidad que de la hoja.

Esta propuesta llamó extraordinariamente la atención del señor Marfori, porque picándose catorce millones y medio de libras próximamente al año, de donde resultan de veintiocho á veintinueve mil quintales de vena, que valen muy poco, puesto que su extracción de la hoja cuesta 8 reales y se vende á 8.42, dando á la vena el mismo valor que á la hoja aprovechando aquella en su totalidad, fácilmente se concibe el resultado. Habiéndose dedicado el Director de Estancadas al estudio de esta cuestión, creyó lo mejor someter á un ensayo el proyecto de Esparza, para que prácticamente pudieran examinarlo en todos sentidos las personas mas competentes, fijándose con preferencia en si la mezcla de la vena altera las condiciones actuales del picado, ó si creen que en ella puede haber alguna sustancia contraria á la higiene, y con este objeto acaba de remitir á la Universidad y á las redacciones de los periódicos para que químicamente se analice, paquetes de catorce cajetillas de cigarrillos, siete con la mezcla de tabaco habano y filipino, en las mismas proporciones que se hace en las fábricas. El papel es exactamente igual que lo que se emplea para la elaboración del surtido de los estancos, y el tabaco no se ha escogido, y no tiene otra especialidad que la de contener estrictamente la totalidad de la vena con que se desarrolló la hoja empleada.

En caso de convenir llevar á cabo este pensamiento sin compromiso alguno para la Administración, los esfuerzos del señor Marfori se dirigirán, á que de la utilidad que se reporte y que próximamente será de diez y seis millones anuales, quede una parte en beneficio de la Hacienda y otra en el del consumidor, porque así es de rigurosa justicia.

Gracias á la amabilidad del señor Marfori, que nos ha remitido un paquete, hemos probado los cigarrillos preparados por dicho procedimiento, y despues de darle las gracias por su galantería, vamos á emitir nuestro parecer con toda franqueza.

Los cigarrillos que contienen las cajetillas envueltas en papel color de rosa, son de buen sabor y con algun aroma; pero los de las envolturas azules tienen el gusto bastante desagradable, notándose en ambas clases la pésima calidad del papel que se emplea en su elaboración.

CANTARES DE AGUILERA.

Mucho te guarda tu madre,
pues rejas cierra y balcones;
¡como si entrara por ellos
amor en los corazones!

Para ir de este mundo al otro
atavesamos un mar;
tal vez por eso á la cuna
forma de barco le dan.

En tu escalera mañana
he de poner un lettero,
con seis palabras que digan:
«Por aquí se sube al cielo.»

La casa de mi vecino
dos puertas tiene á dos calles;
cuando el hambre entra por una,
por otra la virtud sale.

¡Qué yerba! ¡Qué luz! ¡Qué fuente!
¡Qué canto de ruiseñor!
¡Qué sitio, morena mía,
para merendar los dos!

Al hombre que no te quiera,
porque aprendas á sufrir,
¡ójala le quieras tanto
como yo te quise á ti!

CASCABELES.

Le Grand Journal refiere en el último número con el título *La leyenda de San Alejandro Dumas*, un cuento sin gracia, que quiere pasar por un episodio de la estancia en España de aquel célebre embustero. Segun la tal leyenda, en la villa de Alfaro, el amigo Dumas dió muerte á un oso que iba á devorar á un *dom Pedro* y á un *dom Manuel*, vecinos de la misma, que se habian entrado á descansar en una gruta, habitada por aquel animalito. Ya se estaban encomendando á Dios, cuando una bala disparada por Alejandro Dumas, que por allí pasaba, dió con el oso en tierra. Desde entonces, dice el autor de la leyenda, que se venera en Alfaro á *San Alejandro*

á la dueña del hotel,
sale á comprar otro mundo
para que pueda poner
su esposa mil y mil cosas
que se ha comprado... y al tren,
con el exceso del peso,
del peso de su mujer...
Durante las nueve leguas
primeras, el tren vá bien,
y mi don Ginés se duerme
y se duerme doña Inés,
pero en el mismo momento
de entrar en la legua diez,
dan un salto en el wagon
doña Inés y don Ginés,
y se rompen los cristales,
y entre humo y polvo se vé
volar un coche en pedazos
y unos señores con él...
Para el tren... No ha sido nada,
que mas ha podido ser...
Solo han resultado muertos
dos, y mas heridostres,
los demás todos contusos...
conque... se ha librado bien.
Hay que esperar un momento
de cinco horitas ó seis
que venga una nueva máquina
que se ha mandado traer...
y es de noche, y hace frio,
y llueve, y truena también.
Y todos, menos los muertos,
se quejan... ¡qué han de hacer?
Lléga la máquina y vuelven,
sin otro lance que aquel,
á Madrid los pasajeros,
que se han podido mover,
y doña Inés en diez dias
no puede tenerse en pie,
y en oficio que han traído
para el señor don Ginés,
se le declara cesante
con el consiguiente haber,
que es el principio del Debe,
que es un principio cruel...

Y aquí se acaba el romance,
que ustedes lo pasen bien.

ROMANCES POPULARES,

D. CARLOS FRONTAURA

IX.

EL CASCABEL

Viaje de placer.

(Conclusion.)

III.

En el teatro, en pasco,
en la iglesia, en el café,
en la playa, en todo sitio
en donde la vé y le ven,
aquel mozo, que en la fonda
suele á su lado comer,
persigue, tonto y osado
con su amor á doña Inés...
y en cuanto al pobre marido
volver la cabeza vé,
ya está murmurando el pollo:
«Pero qué linda es usted...»
Pero, oyéndole, una noche
le contesta don Ginés
con cuatro buenas palabras
y con la punta del pie;
el pollo le desafia,
que es muy bravo el pollo aquel,
y le envía los padrinos,
que son del mismo jaez,
que hablan mucho de la honra
de su amigo, y del deber
en que don Ginés se encuentra
de ir á batirse con él,
como si todo marido
estuviese á la merced
de cualquier chisgaravis

que hace el oso á su mujer...

Don Ginés no los despidió
cual debiera, á puntapiés,
toma el desafío á broma,
haciéndoles entender
que ellos y su digno amigo
son unos necios los tres...
La noticia de aquel lance
muy pronto llega á correr,
se comenta, se exagera,
y se arma, en fin, un belén,
—como en los baños la gente
tiene tan poco que hacer,
del que salen malparados
don Ginés y doña Inés.
Y no falta algun amigo
que con intencion cruel
escribe á Madrid la historia,
y para darla interés
inventa, y dice que ha visto
lo que nadie pudo ver,
y es mucho si en un periódico
no vé el público despues
la historia con sus detalles,
adicionada también
con curiosos comentarios,
y con señas, por las que
se pueda á los personajes
fácilmente conocer.

Y así ya están en berlina
don Ginés y doña Inés.
Doña Inés se pone mala
con el sofoco, —que á fé
hay para estallar de rabia
con el trabajo de ser
juguete de cuatro necios;
sin temor de Dios ni ley,
de esos que si fueran muchos
fuera para el mundo un bien.
Don Ginés está que brama
porque siente no poder
seis ó siete pollos crudos.
comérselos de una vez,
y de acuerdo con la esposa
decide á Madrid volver,
aunque tiene de licencia
todavía mas de un mes,
paga la cuenta, que es floja,

Dumas, y termina diciendo:—«¿Quién sabe si dentro de cien años será Alejandro Dumas patron de España?»

Lo que hará siempre Alejandro Dumas será el oso.

Los escritores franceses, cuando hablan de España, no saben decir mas que vaciedades.

En la plaza de toros de los Campos Eliseos vá á presentarse, entre los lidiadores, una jóven de 20 años que sujeta al toro con sumo arrojo y gran maestría.

Pues si á un toro enfurecido se arroja así á sujetar, por cierto que debe estar divertido su marido.

EL IDEAL DE LA NIÑA.

—Un jóven rubio, que baile bien, que no le hagan los guantes ni la mas mínima arruga, que sea esbelto, delgadito, que se muera de amor por mí, que hable como Castelar, que tenga abono en el teatro Real y en el teatro Rossini, que me llame *Adalgisa*, ó *Lucta*, ó *Linda*.

EL IDEAL DE SU PADRE.

—Un yerno, que sepa hacer su negocio, que tenga tres casas en Madrid, que sepa mas de Hacienda que Salaverría, que tenga *asientos* en todos los Bancos del mundo y sepa de memoria la cotizacion de todas las Bolsas.

EL IDEAL DE LA JAMONA.

—Un marido, mudo,—para que no me pueda abrumar con sus ternezas,—sordo,—para que no pueda oír la historia de mi pasado, de mi presente y de mi porvenir,—ciego,—para que no pueda ver, y tan rico como cuarenta Créditos moviliarios.—El cielo no me enviará fortuna semejante.

EL IDEAL DEL SOBRINO.

—¡Mi tío!—Está muy gordo, come mucho y se duerme apenas come.—Esta es buena señal, si no miente la obra que he leído sobre la *Apoplegia*.

EL IDEAL DEL AVARO.

—He aquí una moneda de cien reales. Todos saben que son cinco duros; además, en la misma moneda está grabada la cifra de su valor. ¿Cómo hacer para que estos cien reales sean doscientos con solo entregárselos al prójimo? A primera vista, esto parece imposible. Y sin embargo, es la cosa mas fácil.

EL IDEAL DEL TRAGON.

—Daria un premio á quien inventase la digestion perpétua.

—¿Está V. contenta con que le hayan dado esta porteria, señora Tomasa?

—Sí, señor; pero yo no quisiera tener que vivir en la casa, y estar en el portal, y abrir la puerta á los vecinos.

Solucion de la charada y el logogrifo del número anterior.

Es *cotarro* la primera y el segundo será *cola*. Para estas cosas, cualquiera dirá que me pinto sóla.

La sobrina de la señora de siempre.

Se ha repartido la segunda entrega del *Anuario de los progresos tecnológicos, ó Resumen de las ciencias aplicadas*, que escribe el señor Canalejas y Casas, y publica con notable aceptación el señor Bailli-Bailliere.

De uno de los últimos números de *El Monitor de la Salud*, que dirige el señor Montan, copiamos las siguientes juiciosas reflexiones:

«Es el *rey de la creacion* (cual, con bien poca modestia por cierto, hemos dado en llamar al *hombre*) un reyezuelo muy singular. En el orden moral ha

llegado á confesar con pasmosa franqueza, que conoce y aplaude lo que es mejor, pero que le dá la gana de decidirse por lo que es peor: *Video meliora proboque, deteriora sequor*. En el orden fisiológico, higiénico y médico, tiene adoptado igual sistema. Conoce las ventajas de la vida rural, del vestir sencillo y cómodo, de la sobriedad, de la continencia, del ejercicio, etc.; pero se hacina en populosas y mefitizadas ciudades, adopta modas ridículas é incómodas, y se entrega á todos los excesos de la intemperancia. Eso sí; cuando las causas han producido sus necesarios efectos, cuando los polvos han traído los inevitables lodos, entonces pone el grito en el cielo, y pide á la ciencia que le cure las heridas que él mismo se ha hecho. Y es lo particular que cuando la ciencia logra curarle, no escarmenta para lo sucesivo; por el contrario, vuelve á las andadas, vuelve á poner en juego las mismas causas, y vuelta en seguida á pedir el remedio. Y, á las veces, lleva su insensatez hasta el absurdo de pedir la curacion, sin siquiera emplear los remedios adecuados! El *rey de la creacion* quiere salud personal sin higiene individual;—salubridad pública sin higiene municipal;—inmunidad contra la peste, la fiebre amarilla y el cólera, sin lazaretos ni higiene naval;—buena asistencia facultativa, sin retribuir bien á los médicos;—esquivar de todo punto las epidemias de viruelas, sin cuidarse de la vacunacion, y mucho menos de la revacunacion;—no tener tercianas, y dejar que la quinta parte del territorio español esté cubierto de aguas encharcadas y pantanos;—cultivar en grande escala, en la mayor estension posible, el arroz de regadío, y que nadie se queje, y que los pobres trabajadores en los arrozales estén siempre sanos y robustos...»

LOGOGRIFO.

Siete letras son las mias, y en ellas tengo, lector, un hombre que pesa mucho, lo que nunca daré yo en oyendo que se dice que vá á haber revolucion; lo que mas y menos vale en el mundo pecador, un sentido muy preciso, un animal valenton que á mi todo alguna vez algun sustillo le dió; lo que pegan á cualquiera, en estraño idioma Dios, lo que de hacerte en la capa tienes mas de una ocasion, una notita de música, un librero que murió, un pariente á quien se estima cuando es rico y solteron, lo que era un rey desdichado y un poco dado al amor, una pieza de las óperas, lo que para el pan dá Dios, el nombre de cierto duque, y el todo es un gran maton, porque impunemente mata sin misterio y sin temor.

Habia un actor sumamente económico.

Un dia tuvo que hacer una comedia, en la que representaba el papel de un gran caballero que se presentaba en escena de vuelta de una expedicion á caballo, con traje de montar, todo lo mas elegante que se pudiera.

Para economizar algo, despues de comprarse el traje, con harto dolor de su corazon, imaginó suprimir los guantes.

El autor, viéndole entre bastidores, sin guantes, le dijo:

—Pues, ¿y los guantes?... Cuidado, no se le olviden á V.

—Nó, nó, señor; pero ya sé como cuando entro en escena, figuro que acabo de dejar el caballo, y la accion pasa en invierno, lo natural es que, apenas suelte las riendas, como las manos se me habrán quedado frias, entre restregándomelas, como quien quiere entrar en calor, y ya comprenderá todo el mundo que acabo de quitarme los guantes y de metermelos en el bolsillo.

Y así lo hizo.

Dice *La Esperanza* que la fuente de la Puerta del Sol es un monumento de ornato.

Lo que es la fuente de la Puerta del Sol, por su construccion, es un mamarracho.

Hace pocos dias se espidió en la estacion de un pueblo de una provincia vecina, el siguiente parte:

«Poco se ha cobrado; á Juan le han endosado el recibo.»

Y llegó el parte á su destino:

«Paco se ha quebrado; á Juan le han desollado vivo.»

La Nacion ha publicado un artículo para probar que lo que ha de venir vendrá y lo que ha de suceder sucederá.

Este artículo nos ha probado que todavia existe, de lo que nos alegramos, aquel famoso Pero Grullo que á la mano cerrada la llama puño, y que debe ser el autor del artículo en cuestion.

El señor director de Correos ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar, que agradecemos, de los *Datos estadísticos de Correos de 1863*.

CHARADITA.

Prima y segunda se vé llevar en prima y tercera, y la terciá es con lo que cubren muchos la mollera.

Prima, segunda y siguiente es lo que prima y segunda, y se lo come la gente y en todas partes abunda.

ANUNCIOS.

HISTORIAS TRISTES,

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Un tomo, de impresion compacta y de mucha lectura, que contiene las siguientes leyendas:

El 13 de Enero.—Doña María de Alhama.—Emilia.—Hulkem.—La Palma bendita.—Las Animas.—Arria, etc., etc.

Se está terminando la impresion de este libro, que se regala á los antiguos suscritores de EL CASCABEL, que renovaron por tres ó mas meses su suscripcion en Mayo, en Junio y en el presente mes, y á los que están suscritos, ó se suscriban, por un año.

A los nuevos suscritores por seis meses, les cuesta un real, es decir, que pagarán 13 rs. por la suscripcion, si quieren el libro; y á los que solo se suscriban por tres meses, pagarán 8 rs. por la suscripcion, es decir, 2 rs. por el libro.

Precio para los no suscritores: 4 rs.

Estará de venta en el próximo mes de Agosto, del 6 al 10.

EL CASCABEL.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

6 rs. por trimestre, 12 por semestre y 24 por año en toda España cuesta la suscripcion de este periódico, que publica cinco números mensuales. Los suscritores de provincias pueden remitirlos en letras sobre correos ó sellos, cuando no puedan proporcionarse aquellas, á la Administracion, Jardines, 11.

En Valencia se suscribe en la calle de Caballeros, número 1, librería de Carboneros.

En Gibraltar, casa de Don Samuel Benzaguen y casa de Don Enrique Hassan.

En el Etranjero, 10 rs. por trimestre; en Ultramar, 40 rs. semestre.

En París se suscribe á EL CASCABEL en la casa de comision de Mr. Mergeliza, rue Hauteville, 34.—En Lisboa, en casa de Don Julian Rodriguez, plaza de Luis de Camoens, 46.—En la Habana, casa de los señores Charlaní y Fernandez, y en Santiago de Cuba, en la redaccion de EL REDACTOR, y casa de Don Juan Perez Dubrull.

ALMANAQUE CÓMICO-PROFÉTICO DE EL CASCABEL.—Se vende á 2 rs. en la Administracion de este periódico.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 49.